

II
ESTUDIOS

COMERCIO Y HACIENDA PUBLICA DE VENEZUELA EN EL SIGLO XVII

Por EDUARDO ARCILA FARÍAS

El comienzo del siglo xvii encontró a España sumida en una de sus peores crisis, como una consecuencia directa tanto de su política exterior de expansión imperial, como de la conducción de sus graves problemas internos. Estos conflictos que han sido señalados como el inicio del deterioro de su condición de primera potencia europea y de ascenso del poderío de Inglaterra, la condujeron a una cadena de guerras externas, unas, e intestinas otras, cuyos eslabones se anudaron entre sí envolviendo a la metrópoli y a sus dominios universales en toda la extensión de aquella agitada centuria. La incorporación de Portugal a la corona española en 1580 fue otra de las causas de conflictos que se extendieron hasta 1668 cuando quedó consagrada la separación de los dos reinos. La expulsión de los moros a comienzos del siglo, condujo a una larga guerra con el mundo musulmán, que incidió gravemente en la economía, el comercio y la hacienda de España y de todos sus dominios, y a los de América particularmente pues Sevilla era una ciudad fundamentalmente moruna por su nutrida población de tal origen, su tradición árabe presente en su arquitectura, sus costumbres y literatura, y fue así Andalucía escenario de las más fieras luchas y de la tenaz resistencia de la población islámica.

En 1588 se produjo la derrota de la Armada española frente a las costas de Inglaterra, y desde entonces no cesó el enfrentamiento con esta nación que hizo de los Países Bajos sus mejores aliados en las guerras de los albores del xvii. Añádase a la poderosa Francia en un costado y sobre el norte de Italia cuando hasta ahí y aún más allá llegaban las armas de los Felipes. Y Turquía, que se batió con la alianza árabe por la supremacía mediterránea. A este cuadro venían a sumarse las guerras religiosas entre católicos y protestantes, que escindieron al mundo cristiano y comprometió seriamente a la corona de los Austrias. En esa dramática primera mitad del siglo xvii no tuvo España ni un solo día de paz, debiendo combatir en todos los frentes de Europa, Africa, el Medio Oriente y América, simultáneamente contra todas las grandes potencias de la época, y en casi todos los mares de aquel convulso mundo.

El Caribe se convirtió en uno de los principales escenarios de esa terrible confrontación internacional, pues los tesoros americanos eran el más importante alimento de esas guerras, y los territorios del Nuevo Mundo fueron el centro de la codicia y la meta de la expansión territorial de las potencias europeas, com-

prendiendo éstas que se golpeaba más duramente a España en estos dominios que eran la fuente de su riqueza en frutos y caudales; frutos que le permitieron extender su comercio hasta el Norte europeo y todos los confines del mundo, y metales preciosos que le dieron un poder adquisitivo como no había ejemplar hasta entonces, y recursos para sus ejércitos y armadas.

Estos conflictos afectaron muy gravemente a las provincias que hoy integran a Venezuela, y particularmente a la Gobernación de Caracas. Nuestra Historia ha recogido muy pocas noticias sobre estos sucesos, y generalmente los textos más conocidos presentan el siglo XVII como un largo y profundo sueño de cien años largos. El acopio de la nueva documentación recogida en el archivo sevillano, permítenos presentar un cuadro totalmente diferente en el que toda la costa venezolana, desde Guayana y Paria hasta las profundidades del perímetro del Lago de Maracaibo, presenció y participó en los combates por tierra y mar adentro, y fue Caracas base de sustentación, en hombres y caudales de esas luchas contra las poderosas armadas enemigas y contra los numerosos ejércitos de ocupación, ingleses, franceses, holandeses. El Caribe desplazó al Mediterráneo como escenario del enfrentamiento naval de Inglaterra contra España, pues Cromwell advirtió que el punto más sensible del inmenso cuerpo del imperio español, estaba en estas aguas y sus contornos continentales e insulares. México parecía presa fácil según informes confidenciales de los asesores ingleses, y más aún Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico. Contra sus principales puertos y fortalezas se dirigieron decenas de las naves mejor artilladas que jamás surcaran el Atlántico dirigidas a América. La resistencia de los pobladores más que la de los ejércitos del Rey, rechazaron al final al invasor y esa vez debió Inglaterra conformarse con la ocupación de Jamaica. A partir de 1621 Holanda mantuvo su empeño para establecerse en América, siendo Brasil su objetivo. En diciembre de ese año partió de Amsterdam una Flota holandesa de 29 grandes navíos y 3.200 hombres y en mayo siguiente ocupa la plaza de Sao Salvador y amenaza extenderse hasta el Sur hacia Paria al Norte. Fue necesario que España desplazara una armada de 50 navíos y 12.000 hombres para arrancarlos de ahí, pero no logró enteramente arrojarlos de las aguas americanas, y aún se mantuvieron en algunos puntos de tierra firme, atacaron las islas, capturaron la Flota de la Nueva España y con ella el cargamento de metales preciosos más valiosos arrebatado a España en sus tres siglos de dominación de América. Fue durante esos años cuando los holandeses capturaron a Curazao y ahí se quedaron, en 1634. Y desde Curazao partió en 1641 un escuadrón holandés que penetró las aguas del Lago y ocupó Maracaibo y Gibraltar, tomó 8.000 arrobas de tabaco e impuso a los vecinos altos rescates en caudales y frutos.

Una *Relación* que hemos logrado formar mediante la consulta de aquellas fuentes sevillanas, revela que en la sola primera mitad del XVII se produjeron más de cien acciones de guerra en las costas venezolanas, sin faltar un solo año salvo en dos o tres oportunidades. Caracas se constituyó en el soporte principal de todo el Caribe inmediato comprendidas las islas de Puerto Rico y Santo Domingo, Margarita, Trinidad; y toda la costa desde más allá de Paria hasta el lado occidental de la Península Guajira entonces totalmente aneja a Maracaibo. Los gastos de la Real Hacienda caraqueña en *Guerra y Defensa*, absorbieron el 14,11 por ciento de todos sus egresos y constituyeron la más cuantiosa partida de esos gastos, pues montaron a casi 52 millones y medio de maravedís en ese medio siglo. A esa suma habría que

agregar las remesas de caudales efectivos remitidos a España cuya demanda de recursos para sustentar las guerras era constante y apremiante. Alcanzaron esas remesas a casi 30 millones de maravedís (104.000 pesos), y añadido el valor de las remesas en cobre y tabaco, pasaron de 750.000 pesos. No era pues, la metrópoli la que sostenía a la Gobernación de Venezuela, como solía afirmar la Historia tradicional. Y a esas cantidades de por sí tan elevadas, será necesario agregar también las contribuciones impuestas a los vecinos en hombres y materiales para la preparación de caminos y trincheras; la paga de los soldados y armamentos costeados por las ciudades. Esas remesas en caudales contantes y sonantes remitidos a la Tesorería en Sevilla, fueron ocho veces superiores en la segunda mitad de aquel siglo, como ya veremos más adelante.

En los años de 1621 a 1626, los holandeses causaron graves daños a las poblaciones costeras venezolanas y a su comercio, pues apresaron innumerables naves con cargamentos muy valiosos en cueros, harina, zarzaparrilla y un poco de cacao cuyo cultivo ya comenzaba a crecer en importancia. En 1626 la flota comandada por Hendricksz, compuesta por 26 navíos y más de 3.000 hombres, atacó La Guaira, tomó varios navíos en el puerto, sus cargamentos y avíos y con estos nuevos pertrechos se dirigió a cumplir su hazaña en Cuba, y dos años más tarde regresó después de atacar Puerto Rico y desembarcar en Margarita, y arribó a Araya donde tomó toda la sal que pudo. Araya fue constantemente visitada y ocupada por las armadas enemigas, al punto de considerarse como tierra de nadie. 90 cargueros holandeses tomaron sal en 1631 y ese mismo año uno de los Directores de la Cámara de Amsterdam estuvo en la Tortuga, constantemente visitada por los enemigos. El historiador holandés Cornelis Goslinga, *The Dutch in the Caribbean*, estima en más de 300 el número de naves que tomaron sal en las islas y costas venezolanas en el solo año de 1632 y en el año siguiente de 1633 se establecieron en Unare, donde levantaron una pequeña fortaleza que tenía de singular haber sido construida con elementos prefabricados en Holanda, con el específico propósito de hacerse fuertes ahí y aun extender su dominación. La edificación armáronla en pocos días, rodeándola de un foso profundo y de otras obras para su mejor protección, y de ahí no fueron arrojados sino siete años después cuando el Gobernador Juan Orpín, de Cumana, organizó un ejército de soldados españoles y criollos y de un numeroso contingente de indígenas armados de arcos y flechas que esta vez resultaron más eficaces que los arcabuces y los cañones.

El año de 1641 fue excepcionalmente aciago para la Gobernación de Caracas, pues además del terremoto que la sacudió el 11 de junio, sobre sus costas se libraron numerosas acciones de guerra. Se alistaron dos compañías de infantería y armóse numerosa marinería para las naves que partieron en socorro de Maracaibo ocupada por los holandeses, al tiempo que el Gobernador tuvo que ocuparse en reunir pertrechos y ejércitos de tierra y mar para auxiliar a la fuerza de Araya asediada por el enemigo, y organizó una armada para arrojar las 12 urcas holandesas cuya numerosa tripulación ocupó los principales puertos de la isla de Margarita. También ese año arribó a Cumaná la Armada Real española que regresó derrotada del Brasil, y Caracas hubo de despachar cuantiosos bastimentos, armas, pólvora y hombres, cuyo costo y gasto incidió gravemente sobre la Hacienda Pública caraqueña, tan golpeada por las obligaciones impuestas por tantas acciones de guerra sobre sus costas.

El siguiente año de 1642 atacaron La Guaira las naves enviadas por el Almirantazgo inglés, y aunque rechazadas esta vez muy penosamente, los solos gastos en bastimentos, municiones, armas y pertrechos, cantería, fletamento y aderezo de bajeles, para esta sola operación, montó a más de 12 millones y medio de maravedís, aparte de los daños causados por el bombardeo. La misma fuerza inglesa comandada por el Capitán Jackson, no habiendo podido ocupar la plaza, se dirigió a Maracaibo que tomó efectivamente, saqueó a su antojo e impuso elevados rescates a sus vecinos; se dirigió luego hacia el sur del Lago internándose tierra adentro de sus costas hasta alcanzar la ciudad de Trujillo, sometiéndola también a saqueo y pillaje e impuso a sus pobladores fuertes exacciones en dinero y frutos. Los gastos de guerra en el año de 1645 fueron tan elevados, que resultaron equivalentes a más del 38 por ciento de todas las erogaciones de la Real Hacienda de Caracas, pues estas cajas contribuyeron con más de 2 millones de maravedís para la formación de la Armada de Barlovento, destinada a la defensa de todo el Caribe.

En ese quinquenio de 1641-45 los *Gastos de Guerra* de la Gobernación de Venezuela montaron a 115.800 pesos, suma equivalente a más de 13% del Gasto de la Nueva España por ese mismo concepto y en el mismo período; pero fueron varias veces superiores a los de otros territorios del Imperio español en América durante el período. En las Cartas Cuentas correspondientes a las Cajas de Chile y Buenos Aires, que comprendían las Provincias de Mendoza, Concepción y Buenos Aires, no aparecen registrados Gastos de Guerra en el largo período de 1601 a 1650. Resultan asimismo superiores las partidas desembolsadas por las Cajas de Caracas bajo el concepto de la defensa y apresto bélicos, a la de todos los dominios insulares y las costas de la Nueva Granada sobre el mismo mar caribeño, por lo menos en esos referidos años.

En conclusión: en el período considerado correspondiente a la primera mitad del XVII, los gastos comprendidos en los tres rubros militares más las remesas en dinero efectivo dirigidas a la Metrópoli como contribución para la guerra, montaron a 393.407 pesos. La importancia de esa cantidad podrá medirse comparándola con los Gastos Generales de la Hacienda en esos cincuenta años, que alcanzaron a 856.528 pesos, de los cuales esos Gastos de Guerra consumieron el 46 por ciento.

En la segunda mitad del XVII, 1651-1700, los gastos militares que incluían construcción de fortalezas y trincheras, gastos de guerra y sueldos de oficiales y soldados, alcanzaron a la elevadísima cifra de 157 millones de maravedís, o sea 577.206 pesos, equivalentes al 52 y medio por ciento de todos los gastos de la Gobernación, que montaron a 330 millones de maravedís, sin incluir las remesas por Situados pagados por las Cajas de Caracas, para los gastos de defensa de las islas antillanas.

Es sencillamente asombrosa la carga que pesaba sobre las Cajas Reales de Caracas como contribución a los gastos de guerra de la Metrópoli y en la defensa de los dominios insulares de España en América. En esos cincuenta años las remesas a Sevilla en dinero efectivo con destino a la Hacienda Real, pasaron de 209 millones de maravedís (209.357.609 mrs.), o sea 769.697 pesos fuertes, sin incluir las remesas en frutos tan preciosos como el tabaco enviado a la Fábrica Real en Sevilla que monopolizaba el comercio y manufactura de esta hoja, y cuyos beneficios ingresaban directamente en las Cajas del Rey en la capital española. A esas remesas dirigi-

das a la Metrópoli, se añadían las remesas a otros dominios españoles, insulares y continentales, del área del Caribe: Trinidad, Guayana, Margarita, Cumaná, Puerto Rico, que ascendieron en ese período a casi 57 millones de maravedís (56.726.335 mrs.), equivalentes a 208.553 pesos. En suma: 266 millones 84 mil maravedís (978.250 pesos). Para que se aprecie la magnitud de esa cifra, debo decir que todos los gastos efectuados por las Cajas Reales de Caracas en todo el territorio venezolano, incluyendo los de guerra, montaron en ese mismo período de 50 años, a 1.341.000 pesos, de manera que aquellas remesas representaron más del 42 por ciento de todo el Egreso de la Real Hacienda local; y si de ese millón 341 mil pesos se le restan 578 mil pesos de los gastos de guerra, se tiene en definitiva que en la Administración Pública local y en obras para la comunicación y desarrollo, el gasto fue apenas de 763.000 pesos, suma equivalente al 33 por ciento del Gasto general de esas Cajas.

El comercio de la Gobernación de Venezuela

Esa contribución tan elevada de las Cajas de Caracas a la Real Hacienda española metropolitana, sólo puede explicarse por el desarrollo del comercio en la región, desarrollo lento y penoso en las tres primeras décadas del siglo, pero que luego mostró un movimiento acelerado, primero bajo el estímulo de la producción de tabaco y más tarde por la de cueros y sobre todo por la del cacao, que fue el *oro vegetal* que le dio brillo a estas provincias.

En la primera década del XVII pasaban de treinta los productos que se extraían de la Gobernación de Venezuela con destino a los puertos del área circunvecina, desde Cartagena y Río de Hacha hasta Guayana, Puerto Rico, Santo Domingo y La Habana; y por la ruta atlántica, Canarias y Sevilla. Esta variedad de las exportaciones se fue simplificando en un rápido proceso que culminó en una casi monoproducción, por lo menos para los efectos del comercio foráneo, dentro de un período relativamente breve, comprendido entre 1630 y 1650.

En la década final del XVI y la primera del XVII, el principal producto de exportación de la Gobernación de Venezuela fue la harina de trigo recogida en la región de La Victoria y Valencia, sobre todo en el Valle del Tuy y en el propio valle de Caracas, y también en Coro, El Tocuyo, Barquisimeto, Trujillo, Mérida, La Grita, San Cristóbal. Era amplia la geografía del trigo. Durante esos años la Gobernación de Venezuela se constituyó en el abastecedor más importante de Cartagena y de los puertos insulares del Caribe: Santo Domingo, Puerto Rico y Margarita, y de la vecina Gobernación de Cumaná. En la primera década del XVII, se extrajeron por La Guaira con destino a Cartagena de Indias más de 40.500 arrobas de harina, 21.000 para Puerto Rico, 16.700 arrobas para Santo Domingo y cerca de 13.000 para Margarita, y aun para Sevilla 368 arrobas en 1607, y posteriormente 914 arrobas. La exportación de harina en el primer quinquenio (1601-1605) pasó de 64.500 arrobas, y en la década completa alcanzó a casi 93.000 arrobas, por un valor de 10 millones de maravedís, aproximadamente. El auge de las ventas de la harina venezolana en el área caribeña, se explica por las dificultades de la navegación atlántica y por el Mediterráneo en aquellos años de tantas guerras que agobiaron a España. En

ese primer quinquenio, todas las ventas exteriores de harina resultaron por un valor equivalente al 63 por ciento de todas las extracciones de esta Gobernación; seguía el tabaco con el 16 por ciento, y los cueros de res con el 7 y medio por ciento. Los otros productos cuyo valor conjunto apenas representaba el 13,3% de las extracciones, conforman un cuadro complejo que hoy nos parece extraño por la índole y variedad de los efectos de la agricultura y la cría, y sobre todo de aquellos productos de la manufactura local: azúcar, papelón, bestias caballares y mulares, bizcocho (para el consumo de las tripulaciones), una pequeñísima cantidad de cacao, carne salada, cocuiza, jalea de membrillo, cueros de res, cueros de venado, cordobanes, esclavos negros criollos, guayucos indígenas, hamacas, hilo de pita, lienzo de algodón elaborado con la fibra del país, maíz, melado o sea jugo de la caña, miel de abeja, palo de Brasil, queso, sal, sebo, sangre de Drago, tocino, zarzaparrilla, y una gran variedad de mercaderías de escaso valor, entre otros el cazabe, alpargatas, jabón de la tierra y aun las rústicas monturas para cabalgar las bestias.

En el segundo quinquenio el tabaco se colocó en el primer lugar con casi ocho millones de maravedís, en tanto que la harina quedó reducida a un segundo puesto con solo un poco más de 4 millones de maravedís; pero la extracción de cueros inició un rápido ascenso que le llevó a 11 millones de maravedís equivalentes al 61 por ciento del valor de las extracciones. Fue en el quinquenio del 26 al 30 cuando hizo abrupta irrupción en el comercio foráneo el cacao, saltando de 2 millones y medio en el quinquenio anterior, a más de 9 millones y medio, frente a los 18 millones de los cueros. En adelante su ascenso fue vertiginoso y al culminar la primera mitad del siglo su valor exportado resultó equivalente al 78,5%; las pieles quedaron reducidas al 19,1% y entre ambos reunían el 97,6% del valor de todas las extracciones. Quedaba apenas un 2,4 por ciento para la otrora extensa gama de productos. En adelante la Gobernación de Venezuela convirtióse en uno de los cuatro dominios españoles americanos más ricos, aunque esa riqueza vendría a depender casi exclusivamente de un solo producto vinculado *en el 96 por ciento al comercio de México, y apenas el 0,9 por ciento al de España*, en la primera mitad del siglo, y aunque esa relación se modificó un poco en el siguiente período, al cierre de la centuria *México consumía más de las cuatro quintas partes de las exportaciones de cacao de Caracas*.

En la última década del siglo el comercio foráneo del cacao de Caracas se distribuyó así:

1691-1700	Nueva España	109.801	fanegas	=	87,1%
	España	15.460	"	=	12,2
	otros destinos	895		=	0,7

La venta en México en esos diez años le produjo directamente a los cosecheros y mercaderes de Caracas, cerca de 4 millones de pesos, que con el valor de otros productos se aproximaba a unos 500.000 pesos anuales, en que se estimaban las remesas de la Nueva España, en buena plata amonedada. En esa década todas las extracciones destinadas a la Metrópoli se limitaron a esas 15.460 fanegas de cacao por un valor en La Guaira estimado en unos 185.500 pesos. En ese tiempo España estaba muy comprometida en sus guerras con Francia y la costa levantina y andaluza estuvo asediada constantemente por los corsarios argelinos y marroquíes, cuyos incessantes ataques prácticamente cortaron el comercio con los dominios americanos.

En la segunda mitad del XVII las extracciones hacia España consistieron exclusivamente en 71.052 fanegas de cacao por un valor estimado fiscalmente en 853.000 pesos, y un valor en Sevilla de casi 2 millones y medio; y un poco más de 219.000 cueros vacunos por un valor de 241.600 pesos.

Sin embargo, estas cifras no sirven para medir todo el intercambio mercantil entre la Gobernación de Caracas y la Metrópoli, pues si las ventas eran de corta monta, en cambio las compras de efectos transportados por las flotas eran cuantiosas, pues éstas se pagaban en su mayor parte con el producto de las ventas del cacao caraqueño en México, más el producto de la venta del cacao en España que solía dejar un beneficio elevado a los mercaderes caraqueños, que lo remitían consignado a los mercaderes sevillanos, o simplemente en naves propias apoyándose en el privilegio obtenido por Caracas desde finales del XVI, que la facultó para hacer el tráfico directo más la gracia de un impuesto menor de entrada y salida, que les colocaba en una situación privilegiada frente a los mercaderes españoles.

Examinemos ahora el intercambio mercantil de la gobernación venezolana con la metrópoli y sus dominios americanos y las Canarias. Los mercantilistas locales habrían saltado de entusiasmo si hubiesen podido mirar los resultados de la balanza comercial que en nuestro estudio hemos logrado formar, considerada solamente como economía regional, aunque vista desde el ángulo de la balanza de pagos, ya el resultado cambia radicalmente, y más si se considera la dependencia política y económica que regía esa relación mercantil.

En los cincuenta años de 1601-1650, que tenemos perfectamente estudiados y reducidos a gráficos y cuadros estadísticos, 27 años llevan el signo positivo del valor de las extracciones frente al de las introducciones, conforme al valor en puerto de embarque más los gastos e impuestos. En ciertos años las diferencias son notables en un sentido u otro. En 1609, las introducciones montaron a casi 14 millones de maravedís, frente a sólo un millón ochocientos mil de extracción. En 1612 la diferencia fue todavía mayor, pues las introducciones subieron a más de 21 millones 300 mil maravedís, y las extracciones a sólo 5 millones 600 mil. Pero en otros años ocurrió lo contrario: en 1625 la extracción fue superior a los 7 millones de maravedís y la introducción apenas llegó a 190,00 y en 1636 la extracción escaló a más de 18 millones superando tres veces el valor de la mercadería foránea.

En definitiva, el valor de las extracciones en el período de 1601-1650, situóse en 284 millones 511 mil maravedís, aproximadamente, y el de las introducciones, en 211 millones 900 mil maravedís. Una diferencia a favor de Venezuela montante a 72.611.000 maravedís en esta Balanza de Comercio; pero... ese sobrante no se quedaba en casa, pues se trataba de una economía dependiente y de un mercado dominado por los intereses y capitales foráneos. En primer lugar, cabe observar el valor de las remesas en dinero efectivo a las Cajas Reales de la metrópoli: 29 millones 351 mil maravedís. En segundo lugar, y aquí radica la cuestión más importante, los valores del comercio recíproco corresponden a la estimación en los respectivos puertos de embarque, y la mayor parte de las extracciones son producto de la venta de los efectos introducidos por los mercaderes foráneos, cuya utilidad debió montar a unos 105 millones de maravedís según el margen de beneficio bruto permitido en la época, de 50% sobre el costo, que cubría todos los gastos

más la ganancia. La venta de los productos extraídos daban a su vez un beneficio que no ingresaba al país sino que quedaba en manos de los mercaderes foráneos, aunque ciertamente una parte importante de ese caudal pertenecía a los mercaderes locales mediante el comercio directo del cacao; pero estos mercaderes con asiento en la gobernación venezolana, invertían esas utilidades en la compra de mercaderías introducidas por las flotas, en los puertos de arribada en el Caribe, o en sus compras directas en Sevilla. Los productos exportados debieron proporcionar, pues, un beneficio bruto de 142 millones de maravedís, compartido entre mercaderes foráneos y locales. Puestas en el platillo de la Balanza de Pagos esas diferentes utilidades sobre el capital mercantil invertido, más las remesas en dinero efectivo a la Hacienda Real metropolitana, no cabe duda acerca de que esa Balanza arrojaba un saldo desfavorable a la Hacienda y Comercio locales.

En la segunda mitad del xvii la diferencia en la Balanza de Comercio, llega al extremo de su inclinación a favor de Caracas, pues mientras el valor de la extracción en La Guaira montó a 3 mil 387 millones de maravedís (12.453.400 pesos), las introducciones según su valor en el respectivo puerto de embarque, apenas alcanzaron a 514.409.000 maravedís (1.891.210 pesos), o sea tan sólo el 15,19% del valor de la extracción. Pero en contrapartida las remesas de caudales a las Reales Cajas de España montaron a 209 millones 357.600 maravedís (769.700 pesos), más el tabaco por valor de 70.000 pesos por 17.300 arrobas enviadas directamente a la Fábrica Real en Sevilla. Los beneficios de aquellas introducciones compartidos entre los mercaderes criollos y los peninsulares, podrían estimarse en 9.500.000 pesos. Una utilidad para cada parte de 4.750.000 pesos. Los situados *pagados* por las Cajas de Caracas a las de Guayana, Trinidad, Margarita y Cumaná como una contribución a los gastos de fortificación y defensa de esos territorios, subieron a 209.600 pesos. En total esta cuenta montaría 7.690.000 pesos, incluido el valor de las mercaderías compradas en España, y en Caracas de manos de españoles, de tal manera que esta vez la Balanza de Pagos debió estar en favor de la Gobernación de Caracas en una relación mayor del 60 por ciento.

Esta situación desventajosa para la Metrópoli quizás explique la preocupación de ésta ante el crecido comercio del cacao venezolano en México, y el descenso de las remesas a España de este grano. Una brecha que se fue ampliando hacia finales del siglo, y se ensanchó muchísimo más en las dos primeras décadas del xviii. En el último quinquenio del xvii, la exportación de cacao a México fue de 55.790 fanegas, frente a tan sólo 2.220 a España: en 1701-1705 se despacharon a México 57.700 fanegas y a la metrópoli 7.396; en el quinquenio siguiente la diferencia se acentuó extraordinariamente, pues mientras las ventas a México ascendieron a 79.200 fanegas, la extracción dirigida a España descendió a apenas 2.040 fanegas. En la primera década completa, la venta de cacao de Caracas en la Nueva España fue de 137.000 fanegas, y las dos únicas extracciones a España en diez años, alcanzaron sólo a 9.436 fanegas, o sea menos del 7 por ciento. Y por si fuese poco, el precio de exportación alcanzó a 20 pesos la fanega, en La Guaira, vendiéndose en Veracruz aun por encima de los 40 pesos la fanega. Esta cotización hizo del cacao un fruto precioso que forjó la riqueza de la Venezuela colonial, el oro oscuro de aquellos tiempos cuyo brillo primero fue empañado por el monopolio guipuzcoano que abatió profundamente los precios, y finalmente se desvaneció a la luz de la aurora de la Independencia.